

Salí al campo para encontrarme solo y rehacerme si era tiempo todavía. Se me hizo imposible interrogarme. La parte serena de mi alma respondía anticipadamente á todas las preguntas de la parte inquieta, y sobre todo, alguna cosa superior á mí, habia penetrado en mi interior, y se estaba riendo tranquilamente de mí, de todo lo que pretendia ser mi viejo yo. Esto, por sí solo, me asombraba; no me preguntaba si amaba, porque estaba ya demasiado seguro de ello; preguntábame sí, qué venia á ser aquel poder mágico del amor, bajo el cual me sentia dominado y vencido.

Era aquella la primera vez que yo amaba, por más que fuese en realidad el segundo amor de mi vida. Habia yo estado enamorado de mi mujer, hasta la embriaguez, al principio de nuestra desdichada union; pero era aquella embriaguez, empañada de que ya os he hablado muchas veces, aquella plenitud del instinto en el cual la juventud no alcanza á distinguir el placer de la dicha. Más depurado á la sazón, experimentaba entonces la dicha sin acordarme del placer; mi enagenamiento no podia traducirse por ninguna aspiracion violenta; habia yo mejorado con los años, y no me acordaba de mí; estaba yo entregado por entero á la ternura, al reconocimiento, al deseo de consolar y rejuvenecer aquella alma desolada y marchita que habia querido renacer para entregárseme.

Explicábase perfectamente la santidad de un sentimiento que acogia por completo, con lo que desaparecia toda excitacion. ¿Por qué me habia de mentir á mi mismo, por qué habia de mentir á los demás?

Resolví, pues, decirles la verdad, así á Felicia como á su hermano.

XVI

PERO cuando me dirigia yo de nuevo á la casa, advertí que Tonino me venia observando, escondido á la sombra de un zarzal á corta distancia del lugar donde me habia sentado. Detúveme pensativo, y el recuerdo de la escena que habia sorprendido en la cueva del *Bolo*, seis meses hacia, renació en mi alma con una claridad inexplicable. Volví á ver al joven llevando á sus labios los trenzados cabellos de Felicia, vi tambien la incomprendible mirada de Felicia, mezcla de cólera y ternura, que me habia parecido harto sospechosa, y de la cual, á pesar de sus plausibles explicaciones, conservaba inborrable la impresion un tanto dolorosa.

¿Estaria Tonino, sin saberlo, enamorado de su prima? ¿Estaria celoso de mí? ¿Iba yo á hacer desgraciado á este muchacho, que tenia muchos más derechos que yo al afecto de Felicia? ¡Hacer yo la desgracia de álguien!

Caminaba yo sobre estos pensamientos como sobre una serpiente, es decir, que retrocedia horrorizado, siéndome imposible adelantar un paso.

Tomé definitivamente una resolución franca y despejada.

Llamé á Tonino, y paseé con él unas dos horas, poniendo en movimiento todo cuanto alentaba en mí de prudente y perspicaz, á fin de conocer el misterio de sus proyectos.

Era la de este, una naturaleza tan anormal, cuando menos como la de Felicia. Era italiano del todo, así es que sabia aliar la pasión con la astucia; pero trasplantado á aquel centro campestre, bajo el calor é inteligencia de Felicia, tenia, sino instintos, al menos sentimientos generosos.

Anticipábase Tonino á mis preguntas, hablándome de igual manera que Juan me habia hablado. Solamente me pareció que hacia reservas, cuando Juan no habia hecho ninguna. No parecia suponer que Felicia estuviese enamorada de ningun hombre de cincuenta años; por lo tanto, fuese por consideración á Felicia ó por desden hácia mí, ello es lo cierto, que la palabra amor no salió de sus labios.

—¡Es preciso casar á mi prima, dijo él; esto seria una dicha para los dos. Es una cabeza demasiado sensata para poder vivir con un marido jóven, y vos, á la edad que contais, no podriais sobrellevar las envidias y los chistes de una jóven. Ella es tan buena como sois bueno vos, un poco áspera, pero tan buena y generosa. ¡Vos comprendéis perfectamente que ella tiene demasiado ingénio y educacion para un aldeano!

Temí que se dejase convencer para casarse con Sixto More, quien venia por aquí frecuentemente hace dos años y al cual el amo protegía. Durante aquella temporada tuve yo gran disgusto. Temia tener luego un amo brutal que me hiciera variar de ocupación haciéndome dejar la casa, y sin embargo veia bien que mi prima tenia necesidad de una compañía y sostén cuando se ausentaba su hermano. Más allá, no habia yo pensado nada; habíame imaginado que conmigo estaba ella como con su hijo, y muchas veces ella decia: "Una madre no está nunca sola cuando tiene á su hijo.," Esto era en sus dias buenos. Lo más frecuente era

que me mandare acostar con el sol, diciendo: "Me molestas; prefiero á tu compañía el estar sola.," Yo me iba llorando con la pastora de las cabras, y fué ésta quien me hizo entender que una mujer de treinta años no puede vivir sin casarse, que le hace falta la conversacion de un hombre razonable y prudente, siempre y cuando posea una instruccion como el ama. Entonces tomé yo mi resolución, y desde entonces tambien estoy rogando á Dios que le dé lo que le hace falta, y Dios me ha oido, porque ya pareció éste; y ella siente por vos mayor respeto y consideracion que por su mismo hermano. Casaos, pues, con ella, y seremos dichosos los tres á un tiempo mismo. Yo os serviria como si fueseis en realidad mi padre. Vos me instruireis y, ¡quién sabe! puede que fuere un discípulo que os honrase.

En toda esta confusion de Tonino habia, como podeis ver, mucha sencillez infantil, y yo debia por lo tanto empujarle, para ver si era que se reia de mí, y así lo hice, pero él no soltó observacion alguna, ni palabra siquiera, que no manifestara la más perfecta candidez.

¿De dónde procedia que yo no estuviese completamente tranquilo? Es que aquel semblante pálido ó imperturbable despedia algo más que palabras. Así, cuando explicaba él sus efusiones íntimas con la pastora de cabras, veíase en el pliegue superior de sus lábios no sé qué sombra sedosa de un bozo maligno y sensual. Cuando decia que Felicia tenia necesidad de un amigo sério, sus bellos ojos negros dejaban escapar un sombrío rayo de luz; cuando prometia mirarme como á su padre, habia en su acento cierto melindre chancero que parecia decir: "Sereis al mismo tiempo un padre para mi prima, dada vuestra edad!,"

Pensareis tal vez que mi amor propio sonreía sin revelarse. En verdad era yo demasiado viejo para pretender amor. Como no lo pretendía en realidad, no tenía nada que reprocharme por esta parte, así es que no me creía ridículo. El amor había venido á llamarme, se me había impuesto y me había vencido. Los jóvenes pues no podían reirse de mí, puesto que no me había hecho acreedor á sus chanzonetas; y, por lo tanto, no podía salir herido.

Pero, ¿no encerraba en verdad, cierta amargura, aquella mueca sarcástica de Tonino? Esto es lo que yo no podía saber. Sus palabras nada transparentaban; al contrario, estaban llenas de afectuosa consideración. ¿Debia yo mortificarme por un rasgo exuberante de aquella fisonomía, natural y exclusivo tal vez de la mímica de su raza?

Sin embargo, íbame yo enfriado en medio de mi emoción, y en vez de ir á besar las manos á Felicia, resolví seguir esperando todavía.

Esperar ¿á qué? no hubiera podido decirlo yo mismo; pero en realidad Tonino se colocaba, fuese ó no de intento, entre ella y mi primera emoción.

Supe abstenerme también aquella noche y los días siguientes, tanto que debió ella creer que nada había yo adivinado. Sabiendo perfectamente que Tonino iba á ser portador seguro de todas mis palabras, me había abstenido de contestar á sus indicaciones. Había yo fingido creer que las tomaba, como se dice vulgarmente, bajo mi sombrero. Había tanto que hacer y que vigilar al borde del torrente, que ello me ayudó á distraer á Juan Morgeron de sus preocupaciones matrimoniales con respecto á mí. Yo manejaba casi delirante el pico y la pala para distraerme de mis cavilaciones. Parecíame que debía dejar á Felicia la más absoluta iniciativa en un asunto tan delicado como el de nuestra unión.

¡Y á pesar de semejante estoicismo, la amaba, viva, tierna y

apasionadamente tal vez! Cuando venía ella á dar una mirada á los trabajos, sentíala yo aproximarse mucho antes de divisarla. A veces presentía que iba á venir, que venía; y el corazón me latía con tal fuerza, que no me dejaba fuerzas para remover la tierra ó romper la roca. Volvíame impaciente, mi alma la requería para que viniera, alarmándome casi, al ver que no estaba allí.

Cierto día, tuve con Felicia una conversación bastante misteriosa. Estaba pensando en ella. Preguntábame si era del caso que pudiese amarme, persistiendo en la creencia de que tenía yo solamente diez años más que ella, si yo le parecía poder realizar algún ideal cuando no tenía sino la apariencia fugaz; y yo deseaba, casi, en que así fuera. La amaba en realidad, tanto que temía no merecer su amor, y hubiera creído que me pidiese ella sacrificarle el mío, al objeto de ofrecerle una amistad digna de su persona.

El amor es egoísta siempre, hágase lo que se quiera. Espantábame de mí mismo en medio de un sentimiento muy poco previsto. Estaba yo mucho más seguro de ser un padre bueno y tierno que un esposo amable.

Yo pensaba todo esto, al tomarme algunos momentos de descanso en una de las torrenteras en la que trabajaba solo, casi sobre de la misma casa, cuando oí una voz suave subir hasta mí. Era la mágica voz de su violín, que ella tocaba tan rara como divinamente. Entonaba yo no sé qué melodía, tal vez meditada, de algún antiguo maestro; ¿era tal vez algún pensamiento musical del viejo Monti, religiosamente grabado en la memoria de su nietezuela? Por mi parte, lo interpretaba como una respuesta á mis perplejidades, adoptando igualmente el sentido musical como la letra. Según mi parecer decía aquel aire: "¡Pobre hombre de reflexión tímida y experiencia amar-

ga, tú no sabes nada, tú nada comprendes! Escucha la voz de la artista, ella sola conoce la verdad, porque conoce el amor. Hay en ella el fuego sacro que no se digna contestar á los casos de conciencia; el fuego no razona, consume. No se explica en ninguna manera mejor que Dios; alumbra y abrasa. ¡Oye como es mi acento puro y enérgico! Ante él todas las notas de la naturaleza quedan mudas. Es esta una nota que se remonta á los astros y llena el cielo. Es sencilla y única como la vida. Vibra hasta lo infinito. Ninguno de tus pensamientos puede turbar, ni suspender, ni hacer que se desvie de su marcha eternal la nota soberana que se llama amor.,

Yo intentaba inútilmente responderle desde el fondo de mi corazon. Invocaba la amistad, el sacrificio propio, la dulce piedad, el apoyó paternal y desinteresado, todo cuanto alcanzaba á parecerme más puro y mas grande que la pasion satisfecha: el violin de Crémone nada oia; cantaba, elevándose siempre, y repitiendo sin cesar la frase monótona y sublime: *¡Amor, amor, nada como el amor!*

XVII



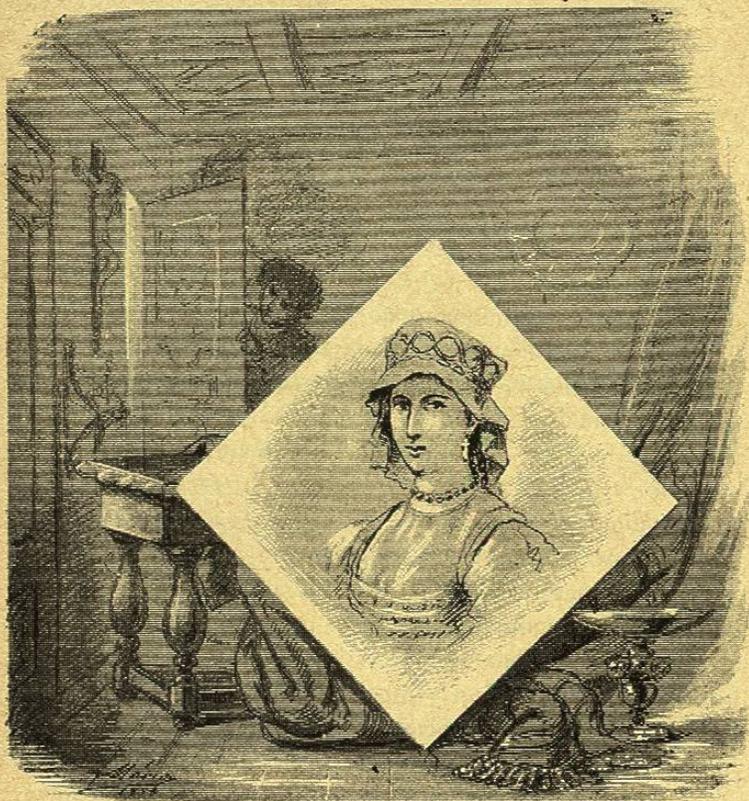
ENCIDO nuevamente, me levanté; y dejando mi blusa y mis herramientas, bajé al gran Chalet.

Desde la peña á la cual estaba adosado, advertí que la vista penetraba fácilmente en la sala donde se reunia la familia durante y despues de la comida, porque servia á la vez de comedor y salon. Era ésta una hermosa pieza vastísima artesonada de abeto bruñido, con una gran mesa, muebles esculpidos de gusto aleman, curiosas fayances y un bellissimo cristo de marfil, objeto antiguo del arte italiano. Las ventanas eran pequeñas, pero numerosas; el techo no muy elevado, y las paredes iluminadas daban un tono de serena alegría á aquel locutorio de decorado rico y austero. Al principio creí que no habia nadie; pero, al volver la senda, miré al fondo y ví á Tonino colocado junto á la puerta entreabierta del cuarto de Felicia. Allí estaba ella, en su cuarto, tocando el violin, mientras él se ocultaba con la puerta para oir.

No podia yo ir nunca donde ella estaba, sin que encontrase siempre á Tonino como interpuesto entre ambos.

Yo no hubiera querido ceder al sentimiento de injusto despecho que me dominaba.

Desde el punto que él se escondía detrás de la puerta, no era, naturalmente, á quien el noble instrumento estaba hablando.



Entraba yo en la sala cuando éste enmudeció, y en el mismo instante ví escabullirse á Tonino por otra puerta, como si hubiese creído que yo no le veía. Flexible como una serpiente,

deslizóse sin ruido por la escalera interior, mientras yo había ido por la que daba al peñasco.

¿Por qué huía? ¿No era aquella hora de música y sí de trabajar? Yo no estaba encargado de vigilarle, ni le había reprendido jamás. ¿Temía que le sorprendiera y regañara el ama? Ella no regañaba ya á nadie; quería gustar, y sabía que una mujer se vuelve fea cuando se enfada; sus facciones habían perdido todos los pliegues que la sombreaban, y aparecía hermosa y rejuvenecida; la dulce y tierna melancolía había renacido para siempre en su frente. Tal se me apareció en el umbral de su cuarto.... Pero, ¿por qué había desaparecido Tonino al acercarme yó?

No supe que decirle; mi corazón completamente lleno de confianza, habíase helado de súbito.

No me preguntó ella lo que yo hubiera querido; no tuvo para mí sino cumplimientos mudos, ni siquiera osaron sus ojos interrogar á los míos; se había vuelto tímida como un niño; pero se quedó de pié firme é inmóvil, como si esperase mis órdenes.

Sacudí pues mi indecisión al ver la pudorosa delicadeza de su espíritu.

—Felicia, le dije, acabáis de tocar maravillosamente. He tenido necesidad de felicitaros, como si hubieseis tocado para mí; ¿y sin embargo es casi seguro que, al ejecutar semejantes prodigios, no teniais puesto vuestro pensamiento sino en quien os los enseñó?

—Nadie me lo ha enseñado, respondió ella. No pasa de ser algo que se me ha ocurrido, no sé cómo; y ni siquiera sabría deciros lo que ha sido.

—¿No os sería posible repetirlo?

—No, no lo creo. Se ha evaporado ya.

—Pero Tonino lo recordaría fácilmente.

—¿Tonino? ¿Por qué él mejor que vos?

—¡Porque, tal vez, sabe escuchar mejor!

Y añadí, esforzándome en sonreír.

—¡Cuando se escucha detrás de las puertas!

Miróme ella profundamente sorprendida. Era indudable que nada sabía de la presencia de Tonino, ni nada entendía de mi rudo epígrama. Avergoncéme entonces de mi mismo, é intenté ser sincero, pero cuando iba á hablar á corazón abierto, divisé á Tonino en la misma senda por donde acababa de venir yo. El sabía, por lo visto, perfectamente, que desde allí se podía ver el interior de la sala, y me acechaba por lo tanto muy de cerca para que su irónica sonrisa se me escapase. ¡Sentía pues yo, aún, que era él un obstáculo misterioso insuperable tal vez! El temor de verme ridiculizado por aquel muchacho y él de estarlo á mis propios ojos por un sentimiento de desconfianza pueril, derrumbó instantáneamente mis sueños de expansion.

Pedí pues á Felicia un vaso de agua del manantial, como si no hubiese abandonado mi trabajo mas que por apagar la sed. Apresuróse ella á servírmelo, y yo tomé un libro haciendo como que leía mientras esperaba.

Los negros ojos de Tonino seguían de continuo fijos en mí, amenazándome como dos flechas. Al menos yo así me lo figuraba, porque los sentía aún sin verlos, aun cuando al levantar de nuevo la cabeza había desaparecido; pero no podía estar lejos, y quien sabe si se había escondido más para observar mejor. Créame humillado, y me sentía irritado interiormente. Felicia me ofreció un vaso que llenó de agua de la jarra. Entonces observé que sus delicadas manos habían emblanquecido, que se las cuidaba, que no lavaba la vagilla, y que sus hermosos dedos habían perdido toda señal de trabajo grosero; era esto un gran sacrificio que había hecho ella al amor, ella tan apasionada por los quehaceres domésticos, y que encontraba siempre que ningun criado era bastante activo ni suficientemente cuidadoso.

¡Aquellas hermosas manos temblaban y me servían!

Inclinóse entonces mi cabeza enviándole mis labios un beso mudo; pero el invisible fantasma italiano continuaba errando sobre el muro como una sombra.

Levantéme de súbito, dando las gracias á Felicia con harta frialdad.

Dos gruesas lágrimas rodaron lentamente sobre sus mejillas: fingí no verlas, salí, y volví á trabajar como un bracero todo el resto del día.

No sé qué de nuevo, amargo, desconocido y ageno á mi carácter había penetrado en mí. Quería á toda costa escapar á su accion, pero en vano: ¡estaba celoso!

¿Con qué derecho?

No tenía ninguno; sin embargo, tenía indudablemente algo de que quejarme. Felicia sabía callar perfectamente encerrándose en su pudor, sentía bien que yo no ignoraba ya su amor, y si no estábamos ya lealmente comprometidos, era porque me había faltado confianza. ¿Conociendo ella mis perplejidades, no podía ni debía dar con la causa?

¿Aquella causa me parecía tan clara, mi actitud y mis palabras la habían tal vez engañado? ¿Faltábale á Felicia tacto y penetracion, ó estaba resuelta á cerrar los ojos á una injusticia de la que creía verme curado por la fuerza de la verdad?

Ya se había tomado ella muchas veces el trabajo de anticiparse á mis sospechas, hablándome de su hijo adoptivo al objeto de reconquistar mi confianza. ¿De qué procedía pues que ya no hablase más de ello y que aparentase no adivinar la necesidad que yo tenía de vivir confiado? ¿Se gozaba ella viéndome sufrir? ¿Era en semejantes sufrimientos donde buscaba ella la revelacion ó el acrecentamiento de mi amor?

A ser así me conocía mal; yo soy enemigo de las malas

pasiones y sé guardarme de ellas por débil é inocente que sea. Cuando mi conciencia me muestra en su espejo la imágen velada ó afeada de mi espíritu, el horror á la fealdad y el disgusto de lo incierto, me dominan, y me lo repruebo tan severamente, que suspendería mi existencia antes que permitirme vivir en una esfera indigna de mí.

Resolví pues ser más fuerte que yo mismo, más fuerte que Felicia, y vencer aquel amor que habia nacido en tan malas condiciones.

Después de la comida de la noche me dirigí á Tonino.

—Mi querido baron, le dije sonriendo, pero con una entereza que le sorprendió; tengo que hablar con nuestros amigos. Es conveniente que se me deje con ellos sin andar escuchando al través de las cerraduras.

Sonrojóse y palideció, en menos tiempo del que necesita el rayo para cruzar la nube; pero no por esto le hizo falta una contestacion amable y regocijada, y se retiró.

No se me ocultaba que iba á meterse en cualquier parte que pudiera oír. Yo lo queria tanto al menos, como que mi observacion hubiese llamado su atencion y su curiosidad.

XVIII

QUEDÉME solo con el hermano y la hermana, pudiendo observar desde luego que ella se turbaba y ocultaba el rostro, figurando alinear las tazas, mientras Juan, rellenando su gran pipa alemana con aire satisfecho, levantó hasta mí su mirada sincera pareciendo decir:

“¡Ya estamos solos, tanto mejor: con que valor, y á ellos!., Estaba yo muy lejos de temer nada.

—Amigos míos, les dije con la triste severidad de un hombre que cumple con un grande é indispensable deber; he reflexionado ya bastante acerca de nuestras respectivas posiciones.

Héme aquí como uno de la familia, en el sentido de que Juan es para mí un hermano, y vos Felicia una hermana; pero yo no soy vuestro hermano legítimo, es decir, que no tengo nada, mientras que vosotros estais ricos. Vuestra amistad me asociaria, lo sé, á vuestra fortuna, lo cual no seria nada equitativo. Quiero permanecer ageno á todo lo que huela á propiedad ó contrato, sea lo que fuere. Me conservareis á vuestro lado como un buen operario: cuando esté enfermo ó ya gastado seguireis teniéndome junto á vosotros por amistad, por reconocimiento